

do, echaron de una montaña á otra y sobre espantosos precipicios esos puentes aéreos, tan sólidos, que casi en todas partes se les encuentra en pie.

La dominación romana en Helvecia duró, se sabe, cuatrocientos cincuenta años; después, un día aparecieron sobre las montañas nuevos pueblos, venidos no se sabe de donde, conquistadores nómadas, buscando una patria, se establecieron según su capricho con sus mujeres é hijos, donde creían estar bien, ahuyentando delante de sí con el hierro de su espada á los vencedores del mundo, cual los pastores ahuyentan los ganados con el palo de su cayado, y haciendo esclavas las poblaciones que Roma había adoptado por sus hijas. Los que el sople de Dios impelió hácia la Helvecia eran los burgundos y los allemanni; se establecieron desde Ginebra hasta Constanza y desde Basilea hasta el San Gotardo. Aquellos hombres incultos y salvajes como los bosques de donde salían, se quedaron sobrecogidos de espanto ante los monumentos que había dejado la civilización romana. Incapaces de producir semejantes cosas; su orgullo se sublevó á la idea de que fueran el producto propio de los hombres, y toda obra que les pareció superior á sus fuerzas, fué atribuida por ellos á la complaciente cooperación del enemigo de los hombres, que aquellos necesariamente habían debido pagar á costa de sus cuerpos ó de sus almas. De ahí todas las maravillosas leyendas que heredó la edad media y que ha legado á sus hijos.

Una legua después del puente del Diablo, y bajando siempre el Reuss, se encuentra un segundo puente echado sobre este río, con cuyo auxilio se pasa de una orilla á otra en el sitio llamado el *Salto del Fraile*. Tiene este nombre de que un fraile que había robado á una doncella y la llevaba en sus brazos, perseguido por sus dos hermanos, cuyos caballos le ganaban en ligereza, se lanzó sin soltar su carga de una orilla á la otra, á riesgo de estrellarse con ella en el precipicio. Los hermanos de la joven no se atrevieron á seguirle, y el fraile se quedó dueño de la que amaba. El salto dado por este otro Claudio Frollo era de veinte y dos pies de ancho, y el abismo que salvaba de ciento veinte de profundidad.

Un cuarto de hora antes de llegar á Altorf, divisamos al otro lado del río la aldea de Attenghausen, y á espaldas del campanario de aquella aldea, las ruinas de la casa de Walter Furst, uno de los tres libertadores de la Suiza. Acabábase de abandonar el terreno de la fábula por el de la historia. En lo sucesivo ya no más leyendas diabólicas ni tradiciones monacales, sino toda una epopeya entera, grande, bella y maravillosa, ejecutada por una nación, sin otro socorro que el de sus hijos, y de la que leeremos bien pronto la primera página en Bürglen, sobre el altar de la capilla levantada en el punto mismo donde nació Guillermo Tell.

WERNER STAUFFACHER.

Un año ha pasado desde que nos despedimos de nuestros lectores á las orillas del Reuss, después de haberles hecho atravesar con nosotros el *Puente del Diablo* y el *Salto del Fraile*. Si no nos es infiel la memoria nos quedamos cerca de la villa de Attenghausen, á espaldas de cuya torre divisábamos las ruinas de la casa de Walter Furst, uno de los tres libertadores de la Suiza. Desde entonces hemos hecho una larga y lejana escursión en otros pueblos y en el interior de otras comarcas, hemos traído nuevas impresiones y curiosos recuerdos, que también verán un día la luz pública, aunque por deferencia fraternal deban ceder la preferencia á los anteriores. Tornemos, pues, no á nuestra Suiza de los montes y nevaras, sino á la Suiza de las praderas y los lagos; no al suelo de la fábula, sino al terreno de la historia. No tenemos más que subir á lo alto de esa montaña que está enfrente de nosotros, y atravesando por ese cementerio lleno de rosales, y á la izquierda de la iglesia nos hallaremos á la puerta de una capillita edificada sobre el área que ocupaba la casa misma en que nació Guillermo Tell, y de que el sacristan ha ido á buscarnos la llave.

Por sabida que sea la historia del héroe popular cuyo nombre acabamos de pronunciar, y por mucho que estemos familiarizados con esta historia, al hallarnos en el lugar en que estamos, no podemos dispensarnos de visitar los sitios que se despliegan á nuestra vista, y de entrar en algunos detalles sobre la revolución helvética, y seguir en su desarrollo la asociación que dió nacimiento á la más estable república, no solamente de la era moderna, sino también de los antiguos tiempos. Además, no escribimos solamente para el lector comedor y sedentario que nos lee junto á la chimenea, apoyados los pies á los morrillos y arropado en su bata, sino también para el osado viajero que como nosotros, con el sombrero de paja en la cabeza, el morral á la espalda y el palo con punta de hierro en la mano, haya en lo sucesivo de seguir el camino que hemos andado y que le trazamos. Cualquiera que este sea, y á quien desde ahora damos nuestro fraternal saludo, se tendrá por dichoso en poderse sentar en lo alto de esta colina de rosas cerca de aquella iglesia y en frente de la casa en donde estamos, y de hallar en nosotros un resumen histórico, corto, pero sin embargo, exacto, de los sucesos que pasaron hace seis siglos, y de que puede abarcarlos casi todos en conjunto sobre este inmenso panorama que se estiende á nuestros pies cual un inmenso mapa.

Alberto de Austria, perteneciente á la casa de Habsburgo, subió al trono imperial en 1298. A la época de su advenimiento al trono en la Helvecia (1), no existían aun ni asociaciones, ni cantones, ni dietas. El emperador únicamente poseía en medio de estas comarcas á título de gefe de los condes de Habsburgo, un considerable número de pueblos, fortalezas y tierras que hoy hacen parte de los cantones de Zurich, Lucerna, Yug, Argovia, etc. Los otros condes á quienes pertenecía lo restante del país eran los de Saboya y de Neufchatel y de Rapperschwyld.

Difícil sería escribir la historia individual de aquella nobleza rica, disoluta y revoltosa, siempre en guerra ó en placeres, agotando la sangre y el oro de sus vasallos, y cubriendo todas las cimas de las montañas de torres y fortalezas, desde donde, cual las águilas desde su nido, se dejaban caer en la llanura para arrebatar el objeto de sus depredaciones y ponerlo en seguridad tras los muros de sus castillos. Y no se crea que los que esto hacían eran únicamente los seglares, pues del mismo modo vivían los poderosos obispos de Basilea, de Constanza, de Coira y de Lausana; y los ricos abades de Saint Gall y de Ensielden seguían el ejemplo de sus mitrados gefes como la pequeña nobleza el de los grandes barones.

En medio de aquella tierra cubierta de esclavos y de opresores, tres distritos habían quedado libres. Eran los de Uri, de Schwitz y de Unterwald, que previendo los desgraciados días y peligrosas circunstancias que estaban ocultas en el porvenir, se habían reunido desde 1291, y comprometido á defender á todo trance, mutuamente contra todos, familias y bienes, y ayudarse, si llegaba el caso, con las armas ó los consejos. De esta alianza tomaron el nombre de Eidgenossen (2), que se les dió, que quiere decir *aliados con juramento*. Alarmado ya Alberto con esta primera demostración hostil, quiso forzarlos á renunciar á la protección del emperador, su único soberano, y sujetarlos á la más inmediata y más directa de los condes de Habsburgo, á fin de que si alguno de sus hijos no era elegido para el trono imperial, conservase á lo menos la soberanía de estos países, que sin esto salían de la noble dinastía de los duques de Austria.

Más Uri, Schwitz y Unterwald habían visto demasiado las depredaciones infames que se cometían en derredor de ellas, para dejarse engañar. Rechazaron abiertamente las indicaciones que se les hicieron en 1303 por los diputados de Alberto, y suplicaron que no se les privase de la protección del emperador reinante, esto es, que no se les separase del imperio.

Alberto les hizo responder que su deseo

era el adoptarles como hijos de su real familia; ofreció feudos á los ciudadanos principales y habló de una creación de diez caballeros en cada distrito. Aquellos viejos montañeses contestaron que no pedían nuevos favores, si no conservar sus primitivos fueros. Viendo entonces Alberto que no podía alcanzar nada por la corrupción de aquellos hombres, quiso ver lo que podría hacer por la tiranía, y en consecuencia les envió dos bailios austriacos cuyo carácter despótico y arrebatado tenía bien conocido.

El uno era Herman Guessler de Brounig, y el otro, el caballero Beringuer de Landenberg. Establecieron estos nuevos bailios en el mismo país de los confederados lo que nunca se habían permitido hacer sus antecesores. Landenberg tomó posesión del castillo real de Sarnen en el alto Unterwalden, y Guessler, no hallando morada digna de él en el país que le había tocado en suerte, mandó construir una fortaleza á que dió el nombre de *Urijoch* ó *Joug de Uri*. Desde entonces se empezó á poner en ejecución el plan de Alberto que de este modo pensaba determinar á los confederados á separarse ellos mismos del imperio y ponerse bajo la protección de la casa de Austria. Aumentáronse, pues, los portazgos, castigáronse con crecidas multas las más leves faltas, y los ciudadanos se vieron tratados con altivez y desprecio.

Un día que Herman Guessler recorría el cantón de Schwitz, paróse delante de una casa que acababa de construir Werner Stauffacher. —No es una vergüenza, dijo encarándose con el escudero que le acompañaba, no es una vergüenza que esos siervos miserables edifiquen para sí tan hermosas viviendas, cuando serían demasiado buenas para ellos unas chozas?

—Dejadla acabar del todo, monseñor, contestó el escudero, y entonces mandó esculpir sobre la puerta las armas de la casa de Habsburgo, veremos si su dueño se atreve á reclamarla.

—Tienes razón, dijo Guessler, y metiendo espuela al caballo, prosiguió su camino. La muger de Werner que estaba en el umbral de la puerta, oyó la conversación, y mandó á los trabajadores que parasen la obra y se fuesen á sus casas. Obedecieron.

Cuando Werner llegó, miró con extrañeza aquella casa solitaria, y preguntó á su muger por que se habían ido los albañiles y quien lo había mandado.

—Yo, respondió ella.

—¿Y por qué? muger.

—Por que los vasallos y siervos no necesitan más que una choza.

Werner lanzó un suspiro, y entró en la casa. Tenía hambre y sed, aguardaba tener preparada la comida, sentóse á la mesa. Su muger le sirvió pan y agua, y se sentó á su lado.

—¿Qué es esto, muger? qué, ¿ya no hay caza

(1) La Helvecia no tomó el nombre de Suiza hasta después de la Confederación.

(2) Etimología del nombre de *Huguenot*.

en la montaña, pesca en el lago, ni vino en la dispensa?

—Cada cual debe vivir según su condición, los vasallos y siervos no deben alimentarse más que de pan y agua.

Werner arqueó las cejas, comió el pan y bebió el agua.

Acostáronse ambos esposos, y antes de dormirse Werner, cogió en sus brazos á su muger y quiso abrazarla; pero esta rechazó sus caricias.

—¿Por qué me rechazas, muger? preguntó el marido.

—Por que los vasallos y los siervos no deben engendrar hijos para que sean siervos y vasallos cual sus padres.

Werner saltó de la cama, volvióse á vestir en silencio, descolgó de la pared una larga espada, que estaba allí colgada, se la echó al hombro, y salióse sin pronunciar una palabra. Marchó sombrío y meditabundo hasta Brünen. Llegado allí se ajustó con unos pescadores, pasó el lago, y dos horas antes de amanecer estaba en Attenghausen y llamaba á la puerta de la casa de su suegro Walter Furst. Bajó á abrirle aquel anciano, y aunque le asombró ver llegar á su yerno á aquella hora de la noche, no le preguntó el motivo y mandó á un criado que pusiese en la mesa un cuarto de gamo y una botella de vino.

—Gracias, padre, dijo Werner, he hecho un voto.

—¿Y cuál?

—De no comer más que pan y no beber más que agua hasta un momento tal vez muy lejano todavía.

—¿Y cuál?

—El en que seamos libres.

Walter Furst se sentó enfrente de Werner. —Buenas palabras son las que acabas de decir, pero tendrás valor para repetir las ante otros más que el anciano á quien apellidas tu padre?

—Las repetiré en presencia de Dios que está en el cielo, y delante del emperador que es su representante en la tierra.

—¡Bien dicho, hijo mio! Mucho tiempo hace que aguardaba de ti esta visita y semejante respuesta; empezaba ya á creer que no llegaría ni una ni otra.

Llamaron de nuevo; Walter Furst fué á abrir. Hallábase de pie á la puerta un joven armado de un palo que parecía una maza: un rayo de luna iluminó en aquel momento sus facciones pálidas y desencajadas.

—¡Mechtal! exclamaron á la vez Walter Furst y Stauffacher

—¿Qué pretendes? ¿qué vienes á pedir? preguntó Walter Furst, asustado de su palidez.

—¡Asilo y venganza! respondió Mechtal con voz sombría.

—Tendrás lo que pides, respondió Walter Furst, si la venganza depende de mí como el asilo.

—¿Qué te ha sucedido, pues, Mechtal?

—Trabajaba yo en mi campo y tenía unidos en mi arado los dos mejores bueyes de mi rebaño, cuando llegó á pasar un lacayo de Landenberg, que parándose después un instante se acercó y dijo:

—Esos bueyes son demasiado buenos para un vasallo, y es preciso que cambien de dueño.

—Estos bueyes son míos, contesté, y como los necesito, no quiero venderlos.

—¿Y quién te habla de comprarlos, villano?

Al decir estas palabras sacó un cuchillo de monte y cortó el tiro.

—Si me tomáis esta yunta, ¿cómo me compensaré para labrar mis tierras?

—Los villanos como tú ya pueden arrastrar por sí mismos el arado si quieren comer pan de que no son dignos.

—Vamos, le dije, aun es tiempo, seguid vuestro camino y os perdono.

—¿Y en dónde tienes tu arco ó ballesta para hablar de ese modo?

Junto á mí había un arbolillo y lo rompí.

—No tengo necesidad ni de arco ni de ballesta, dije, ya veis que estoy armado.

—Si das un paso más te echo fuera las tripas como á un gamo, me respondió.

De un solo brinco me planté junto á él con el palo levantado diciéndole:

—Yo, si poneis la mano sobre mi yunta, os aplasto como á una res de un golpe.

Alargó el brazo y tocó el yugo, creo que con la punta de los dedos; dejó caer el palo y con el cayó el criado de Landenberg. Le había roto el brazo cual si fuese un mimbre.

—Y habeis hecho muy bien: era justicia, exclamaron los dos hombres.

—Lo sé y no me arrepiento, continuó Mechtal; pero también he debido fugarme. Abandoné mis bueyes, y me oculté todo el día en el bosque del Røstock, y después, al llegar la noche pensé en vos, Walter, que sois bueno y hospitalario. Tomé el paso de Surchen, y aquí estoy.

—Bien venido seas, Mechtal, dijo Walter Furst alargándole la mano.

—Pero no es esto todo, continuó el joven, necesitaríamos enviar un hombre inteligente á Sarnen, para que se informase de lo que ha pasado desde ayer, y qué medidas de venganza ha tomado Landenberg contra mí.

En aquel momento oyéronse pasos, pesados por el cansancio; y un instante después llamó un hombre otra vez á la puerta diciendo: «Abrid, que soy Ruder.»

Mechtal abrió la puerta para arrojar en los brazos del criado de su padre; pero le encontró tan pálido y tan abatido, que retrocedió espantado.

—¿Qué hay, Ruder? preguntó Mechtal con trémula voz.

—¡Desgraciado de vos, mi querido amo! ¡Desgraciado el que veo tranquilo con seme-

jantes crímenes! ¡Desgraciado de mí que os traigo tan malas nuevas!

—¿No le ha sucedido nada á mi padre? dijo Mechtal? ¿Han respetado su edad y sus canas? ¡La vejez es sagrada!...

—¡Respetar ellos alguna cosa! ¿Hay algo de santo para ellos!

—¡Ruder!.... exclamó Mechtal juntando las manos.

—Le han cogido y han querido hacerle decir dónde estáis, y como no lo sabía.... ¡pobre viejo! ¡le han sacado los ojos!

Mechtal lanzó un terrible grito, y Werner y Walter se miraron mutuamente con los cabellos erizados y cubiertas de sudor sus frentes.

—Mientes, exclamó Mechtal, cogiendo á Ruder por el cuello, ¡mientes! es imposible que hombres cometan semejantes crímenes. ¡Oh! ¡mientes, dime que mientes!

—¡Ah! respondió Ruder.

—¿Dices que le han sacado los ojos? ¡Y esto porque yo había huido como un cobarde! ¡Han sacado los ojos al padre porque no quería entregarles al hijo, han metido una punta de hierro en los ojos de un anciano.... y esto en medio del día, á la luz del sol y delante de Dios!

¡Y vuestras montañas no se han desplomado sobre sus cabezas! ¡Y nuestros lagos no han salido de madre para sumergirlos! ¡Y no ha habido un rayo que los esterminase!.... ¡Ya no les bastan vuestras lágrimas, y nos hacen llorar sangre!.... ¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! ¡Tened misericordia de nosotros!

Mechtal cayó como un árbol arrancado de cuajo, y se revolcó por el suelo y mordió la tierra.

Werner se acercó á Mechtal. —No llores como un niño, no te arrastres como una fiera: levántate como hombre, nosotros vengaremos á tu padre, Mechtal.

El joven se encontró de pie de repente cual si un resorte le hubiese hecho ponerse derecho.

—Werner, habeis dicho que le vengaremos.

—¡Le vengaremos! respondió Walter.

—¡Oh! dijo Mechtal, arrojando un grito que se parecía á lo risa de un loco.

En aquel momento se dejó oír á cierta distancia el estribillo de una alegre canción y los primeros rayos del día dejaron ver á un nuevo personaje que se presentó en una revuelta del camino.

—Entraos, dijo Ruder dirigiéndose á Mechtal.

—Quédate, dijo Walter, es un amigo.

—Que pudiera sernos útil, añadió Werner. Mechtal dejóse caer agobiado en un banco.

Entretanto se iba aproximando más el forastero, que era un hombre de unos cuarenta años casi, vestido con una especie de gaban pardo que no le pasaba de las rodillas, trage entre seglar y monástico; sin embargo, sus cabellos largos, barba y bigotes cortados como los de los hombres libres, indicaban que si perte-

necia al claustro era muy accidentalmente. Su andar era más bien el de un soldado que el de un monge, y se le hubiera podido tomar por un soldado, si en vez de espada no hubiese llevado colgado del cinto un tintero, pluma y pergaminos en una especie de aljaba desprovista de flechas. Completo estaba su vestido por un pantalon azul muy ajustado y unos borceguies atacados por delante, y también por el largo palo con punta de hierro, sin el que rara vez viajan los montañeses.

Desde que había divisado el grupo que se formó delante de la puerta, había dejado de cantar, y se aproximaba con aquella franqueza que da la certidumbre de hallar personas conocidas. En efecto, á algunos pasos de distancia ya le dirigió la palabra Walter Furst.

—Bien venido seas, Guillermo, le dijo. ¿A dónde vas tan de mañana?

—¡Dios os guarde, Walter! Voy á cobrar unos réditos del *Fraumunster* (1) de Zurich, del cual soy cobrador, como sabeis.

—¿Puedes detenerte un cuarto de hora con nosotros?

—¿Para qué?

—Para escuchar lo que va á decirte ese joven....

Guillermo se volvió hácia Mechtal, y viéndole llorar se aproximó entonces á él y le alargó la mano.

—Dios enjugue vuestras lágrimas, hermano, le dijo.

—¡Dios vengue la sangre! contestó Mechtal... y le contó todo lo que acababa de suceder.

Guillermo escuchó aquella relación con una gran compasión y una profunda tristeza.

—¿Y qué habeis resuelto? preguntó Guillermo cuando aquel hubo acabado.

—Vengarnos y libertar nuestro país, respondieron los tres.

—Dios se ha reservado la venganza de los crímenes y la libertad de los pueblos, dijo Guillermo.

—¿Y qué nos ha dejado á los hombres entonces?

—Las oraciones y la resignación que las aceleran.

—Guillermo, no vales la pena de ser tan valiente arquero, si respondes como un monge cuando te se habla como á un ciudadano.

—Dios ha hecho los montes para los corzos y los gamos, y los corzos y los gamos para el hombre: por eso ligereza á la caza y destreza al cazador. Walter, os habeis engañado llamándome un valiente arquero, yo no soy más que un pobre cazador.

—¡Adios, Guillermo, vete en paz!

—¡Dios sea con vosotros, hermanos!

Guillermo se alejó. Los tres le siguieron en silencio con la vista, hasta que hubo desaparecido en el primer recodo del camino.

—No hay que contar con él, dijo Werner

(1) Convento de mugeres.

Stauffacher, y es lástima, porque hubiera sido un poderoso aliado.

—Dios nos reserva á nosotros solos la libertad de nuestro país. ¡Alabado sea Dios!

—¿Y cuándo ponemos manos á la obra? dijo Mechtal. Tengo prisa, mis ojos derraman lágrimas... y sangre los de mi padre.

Cada uno de los tres somos de un diferente distrito: tú, Werner, de Schwitz; tu Mechtal, de Unterwalden; y yo de Uri. Elijamos cada uno de entre nuestros amigos diez hombres con quienes podamos contar: juntémonos con ellos en el Grutli... Dios puede lo que quiere, y los que marchan por su camino, treinta hombres valen por un ejército....

—¿Y cuándo nos reuniremos? preguntó Mechtal.

—En la noche del domingo al lunes, respondió Walter Furts.

—¡Allí estaremos! respondieron Werner y Mechtal, y se separaron los tres amigos.

CONRADO DE BAUMGARTEN.

Entre los diez hombres del canton de Unterwalden que debían acompañar á Mechtal en la noche del 17 de noviembre había un joven de Wolfranchiess, llamado Conrado de Baumgarten; acababa de casarse por amor con la mas hermosa doncella de Abrellen, y solo le había hecho entrar en la conjuración el deseo de libertar su patria; porque era dichoso.

Así es que no quiso decir á su joven esposa el motivo que de ella le alejaba, fingiendo que tenía un negocio en la aldea de Brünnen, y dijola el 16 por la noche que dejaba la casa hasta el día siguiente. Palideció la joven al oírle.

—¿Qué tienes, Rosita? preguntóla Conrado. Es imposible que una cosa tan sencilla te cause tal impresion.

—Conrado, respondió la joven, ¿no podrias dilatar este viage?

—Imposible.

—¿No puedes llevarme contigo?

—Imposible.

—Entonces vete.

Conrado la miró.

—¿Serias celosa, pobre niña?

Rosita se sonrió tristemente.

—Pero no, es imposible, continuó diciendo: pero alguna cosa te ha sucedido que me ocultas.

—Tal vez hago mal en tener miedo, respondió Rosita.

—¿Y qué puedes tú temer en esta aldea en

medio de nuestros parientes, de nuestros amigos?

—¿Conoces á nuestro joven señor? Conrado.

—Si, sin duda, contestó éste arrugando las cejas. ¿Y bien!

—¿Y bien! me ha visto en Abulen antes de que fuese tu muger.

—¿Y te ama? exclamó Conrado apretando los puños y clavando fijamente en ella su vista.

—Me lo ha dicho.

—¿Hace ya tiempo?....

—Si, y yo lo había olvidado ya; pero ayer le encontré en el camino de Stanz y me repitió las mismas palabras.

—¡Bien, bien! murmuró Conrado. ¡Insolentes señores!.... No era bastante mi amor á la patria, habeis querido tambien que se uniese el odio contra vosotros. Apresuraos á acumular nuevos crímenes sobre vuestras cabezas; ¡va á llegar pronto el día de la venganza!

—¿A quién amenazas así? dijo Rosa. ¿Olvídas que es nuestro amo?

—Si, de sus vasallos, de sus siervos y lacayos; ¡pero yo! Rosa, soy de libre condicion, ciudadano de Stanz, señor de mis tierras y de mi casa, y si no tengo el derecho de administrar justicia como él; al menos tengo el derecho de hacérmela yo mismo.

—Ya ves que tenía razon para temer, Conrado.

—Si.

—¿Entonces no te marcharás?....

—He dado mi palabra y es preciso que la cumpla.

—¿Me permitirás que te acompañe?

—Ya te he dicho que era imposible.

—¡Dios y Señor mio! murmuró Rosita.

—Escucha, replicó Conrado, quizás no tenemos razon para asustarnos.

Yo no he dicho á nadie que me debía de ir; nadie lo sabe: Yo no estaré ausente mas que hasta mañana al mediodía. Me creerán á su lado, y te respetarán.

—¡Dios lo quiera!

Conrado abrazó á Rosita, y se separó de ella.

La cita era en Grutli, como hemos dicho, y nadie faltó á ella.

Allí, en una pequeña llanura que forma una estrecha pradera, rodeada de zarzas, al pie de las rocas del Seelisberg, la tierra presentó al cielo uno de los mas sublimes espectáculos en la noche del 17 de noviembre de 1307: el de tres hombres prometiendo por su honor y á riesgo de su vida, dar la libertad á todo un pueblo. Walter Furst, Werner Stauffacher y Mechtal, estendieron los brazos y juraron á Dios, *ante quien son iguales los reyes y los pueblos, vivir y morir por sus hermanos, emprender y soportarlo todo en comun; no sufrir mas, pero tampoco cometer injusticias; respetar los derechos y propiedades del conde de Habsburgo; no hacer mal alguno á los bailios imperiales, pero poner coto á su*

tiranía; pidiendo á Dios si aquel juramento le era grato, lo diese á conocer con algun milagro. Al mismo instante saltaron tres fuentes de agua viva á los pies de los tres gefes. Los conjurados gritaron entonces: «¡Gloria al Señor!» y levantando las manos todos hicieron á su vez el juramento de restablecer la libertad como hombres de corazon. Se dilató la ejecucion de aquel designio hasta la noche del 1.º de 1308. Despues cada cual tomó el camino de su valle y de su cabaña.

Por mucha diligencia que hizo Conrado era ya mediodía, cuando al salir del Dallenwyl, divisó la aldea de Wolfranchiess, y cerca de la aldea la casa en donde Rosita le esperaba. Todo parecia tranquilo; sus temores se calmaron con aquella vista, su corazon cesó de palpar, y se detuvo para respirar. En aquel momento le pareció que su nombre zumbaba en sus oídos llevado por una ráfaga de viento: estremeciöse, y continuó su camino.

Al cabo de algunos minutos volvió á oír segunda vez la misma voz que le llamaba. Tembló, por que aquella voz era lastimera y creyó reconocer la voz de Rosita. Aquella voz venia del camino, precipitóse, pues, hácia el pueblo.

Apenas había dado veinte pasos cuando vió venir hácia él una muger desgreñada y afligida que desde que le vió pronunció su nombre, y que sin fuerzas para seguir mas adelante cayó en medio del camino. Conrado no dió mas que un salto para llegar hasta ella. Había reconocido á Rosita.

—¿Qué tienes, querida mia? exclamó.

—¡Huyamos! ¡huyamos! murmuró Rosita, tratando de levantarse.

—¿Y por qué es preciso que huyamos?

—Por que ha venido ¡Conrado! ha venido mientras que no estabas tú allí....

—¡Ha venido!

—Si, y abusando de tu ausencia y de que estaba sola....

—¡Habla! ¡habla! pronto.

—Ha exigido que le preparase un baño.

—¡Insolente! ¿Y tú has obedecido?

—¿Qué podia yo hacer, Conrado?.... Entonces me ha hablado de su amor.... ha puesto en mi sus manos.... entonces he huído llamándote en mi auxilio.... he corrido como una loca.... despues, cuando te he visto me han abandonado las fuerzas y he caido como si faltase la tierra á mis pies.

—¿Y él donde está ahora?

—En casa.... en el baño.

—¡Insensato! exclamó Conrado echando á correr hácia Wolfranchiess.

—¿Qué vas á hacer, desgraciado?

—Espérame, Rosita, vuelvo....

Rosita cayó de rodillas con los brazos estendidos hácia el punto en donde Conrado había desaparecido. Así permaneció durante un cuarto de hora inmóvil y muda cual la estatua de la oracion, despues se levantó de repente y

dió un alarido. Era que Conrado volvía pálido y con una hacha ensangrentada en la mano.

—¡Huyamos, Rosita, dijo él á su vez; huyamos, por que no estaremos seguros sino al otro lado del lago! Huyamos sin seguir camino.... lejos de las sendas, lejos de las poblaciones... Huyamos, si no quieres que yo muera de miedo, no por mi vida, si no por la tuya!....

Al decir estas palabras la arrastró consigo al través de la pradera.

Rosita no era una de esas flores delicadas y endebles como las que suelen criarse en nuestras ciudades; era una noble montañesa, fuerte y animosa en los peligros, acostumbrada al sol y á la fatiga. Conrado y ella pronto habían llegado á la falda de la montaña; Conrado quiso entonces descansar, pero ella le enseñó con el dedo la sangre que cubria el hierro de su hacha.

—¿Qué sangre es esa? le preguntó.

—La suya.... respondió Conrado.

—¡Huyamos! exclamó Rosita, y volvió á ponerse en camino.

Entonces se internaron en lo mas intrincado del bosque, trepando los flancos de la montaña por senderos conocidos solo de los cazadores. Conrado quiso pararse muchas veces; pero Rosita le animó siempre asegurándole que no estaba cansada. Al fin una media hora antes de anochecer llegaron á la cumbre de una de las alturas de Roestock, desde donde oyeron los balidos de los ganados que regresaban á Seidor y Bauen, y descubrieron delante de estas dos aldeas, echado en el fondo del valle, el lago de los Waldstetten tranquilo y puro cual un espejo. A aquel aspecto Rosita quiso adelantar su camino; pero sus fuerzas eran inferiores á su voluntad, y á los primeros pasos que dió empezó á tambalearse. Conrado exigió que descansase algunas horas y le preparó una cama con hojas y musgo, en la cual se acostó, mientras él velaba á su lado.

Conrado sintió espirar uno á uno todos los clamores del valle, vió apagarse una á una todas las luces que parecían estrellas caidas al suelo. Luego á los discordantes ruidos de los hombres sucedieron los armoniosos ruidos de la naturaleza, y á las efimeras luces encendidas por manos mortales, aquel espléndido polvo de estrellas que levantan los pasos de Dios. La montaña como el Océano, tiene tambien voces inmensas que de repente se levantan en medio de la noche de la superficie de los lagos, del seno de los bosques ó de lo profundo de las neveras. En sus intervalos se oye el ruido continuo de las cascadas ó el borascoso estruendo de los aludes, y todos estos ruidos hablan al montañés una lengua sublime que le es familiar á la que responde por sus gritos de terror ó por sus cantos de agradecimiento, por que aquellos ruidos le presagian la calma ó la tempestad.

Así Conrado había seguido con inquietud